

LA MUERTE ANUNCIADA Y CELEBRADA DE JUAN RODRÍGUEZ

En los últimos meses, las anginas de pecho golpearon una y otra vez el ya débil corazón de Juan Rodríguez. Las intervenciones quirúrgicas realizadas desde hacía dieciséis años habían logrado que siguiera latiendo, pero cada vez eran más arriesgadas. Los médicos decidieron hacerle otro cateterismo el miércoles cinco de abril. El fin de semana precedente, Juan lo pasó con su familia en su casa de La Cruz, en El Palmar. Yo le dije que el domingo le llevaría la Comunión, pero él me manifestó el deseo de acudir a la ermita de Ntra. Sra. de las Nieves, en La Peña, a la Misa de nueve de la mañana. Quería postrarse ante la Madre y Patrona porque, quizás, había llegado su hora. Al llegar se ofreció a leer las lecturas. Era quinto domingo de cuaresma. Con mucha unción y con voz algo temblorosa leyó la profecía de Jeremías: "...Meteré mi ley en su pecho, la escribiré en sus corazones..." Y luego fue desgranando pausadamente el Salmo 50: " Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme...Mi sacrificio es un espíritu quebrantado, un corazón quebrantado y humillado tú no lo desprecias." Marisa, su esposa, leyó la carta de los Hebreos, iluminadora y consoladora: "Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, cuando en su angustia fue escuchado...y se ha convertido para todos los que le obedecen, en autor de salvación eterna." Al terminar la Eucaristía, como es costumbre, rezamos el Ave María: "...ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte." Juan pasó a la sacristía y me pidió que le administrase la Unción de Enfermos. Fuimos a la iglesia de El Palmar. Juan rezó con recogimiento durante unos minutos ante el Sagrario y se puso de pie para recibir el sacramento; de pie, como si fuese consciente de que iba a emprender un largo y definitivo viaje a través del mar que separa lo finito de lo eterno.

La operación duró más de cinco horas. Los médicos quedaron extrañados de la entereza y serenidad de Juan, entereza que era fe y serenidad que era paz de espíritu. Durante la tarde conversó animosamente con su esposa, con sus hijos, familiares y amigos. Tuvo tiempo de dar algunos consejos. A las diez y media de la noche Juan rezó su último Padre Nuestro acompañado de Marisa y de su hermano Antonio: "... Venga a nosotros tu Reino. Hágase tu voluntad..." Pocos minutos después se paró su corazón y entregó su alma a Dios.

¡Qué paradoja! Juan, que vivió con un débil y maltrecho corazón, fue todo corazón. En él lo natural era amar y servir. A todos acogía y era amigo de todos. Tenía un humor fino, algo socarrón como buen canario. Era un "manitas", apañado para todo, cualidad y utilidad que puso al servicio de los demás. No hacía mucho me había regalado un artístico balcón canario de caña, hecho con sus manos artesanas, que junto a su testimonio de vida cristiana, conservaré como recuerdo imborrable de su amistad.

Miembro de la Comunidad Neocatecumenal, su familia ha sido y es una Iglesia doméstica. En los últimos años vivió con inmenso gozo dos acontecimientos extraordinarios en su familia: la ordenación sacerdotal de su hijo David en el año 2004 y la confirmación de sus hijos más pequeños, Elías y Pablo, al año siguiente. Anteriormente habían recibido este sacramento de iniciación cristiana sus otros dos hijos, Almudena y Azahel. Recuerdo que estando con él en el salón de su casa, llamó David desde Córdoba para comunicarle que había sido admitido por el obispo a la ordenación de diácono. Juan rompió a llorar como si fuera la noticia más anhelada y lo mejor que le había ocurrido en su vida.

El día siete, Viernes de Dolores, se celebró la Misa exequial y entierro de Juan Rodríguez. Digo “celebrar” porque fue un acontecimiento festivo, que me recordó los entierros cristianos de los países de África Negra, donde los acompañantes del difunto danzan y cantan por las calles hasta el cementerio. En El Palmar, el Viernes de Dolores se convirtió en una Pascua anticipada. Los cantos no dejaron de sonar desde la casa de Juan hasta la iglesia y desde ésta al cementerio de “Nuestra Señora de los Dolores” de Teror. La Eucaristía estuvo presidida por David y concelebrada por veinte sacerdotes. Las tres naves del templo se llenaron de hermanos de la Comunidad, vecinos y amigos, participando unos activamente en los cantos y oraciones y otros en silencio. La proclamación del Evangelio resonó con fuerza: “Os aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna. El que quiera servirme, que me siga y donde esté yo, allí estará también mi servidor; a quien me sirva, el Padre lo premiará.”

Mayo de 2006.